

MIGUEL DE CERVANTES

JORDI GRACIA

MIGUEL DE CERVANTES

LA CONQUISTA DE LA IRONÍA

taurus



memorias y biografías

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Primera edición: marzo de 2016

Segunda edición: abril de 2016

© 2016, Jordi Gracia

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Imagen de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1764-7

Depósito legal: B-2055-2016

Compuesto en Arca Edinet, S. L.

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

TA 1 7 6 4 7

Para Francisco Rico, por fin.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
La imaginación moral.....	14
1. LOS PRIMEROS SUSTOS.....	19
Los escritorios de Andrea.....	23
Ejercicios manuales.....	27
El hilo roto	33
En la ruta del turco.....	36
Un regreso accidentado hacia 1575	45
2. EN LAS CÁRCELES DE ARGEL.....	51
Antes que nada.....	54
En una cueva húmeda y oscura.....	62
Cuarta y última.....	70
El estropeado español	75
3. EL FINAL DE LA PESADILLA.....	81
El laberinto doméstico de 1580	84
El pasado inagotable.....	87
Amigos activos.....	90
Cerca del señor Ascanio	93
El celofán del cortesano	98
Terror y teatro	103

4. EN LA VÍSPERA DEL ÉXITO	111
La verdadera ciencia de <i>La Galatea</i>	113
La realidad de la ficción	119
Un muerto en el verano de 1584.....	123
La niña Isabel.....	125
El rey, la fe y el teatro.....	128
Más burlas que veras	140
5. DIEZ AÑOS DE RESIGNACIÓN	147
El sueño de la victoria.....	151
El nuevo comisario.....	155
El vicioso luterano.....	163
Dudas	167
Una firma en marcha	170
Intentos baldíos.....	172
Contar y contar	178
Impagados	185
6. LITERATURA LATENTE	195
El tumulto de Sevilla en 1598.....	196
La vigencia del pasado.....	204
Cervantes se va	207
Historias de la calle.....	212
La cabeza más despejada de la Mancha	226
Tiempos muertos	229
Otro final.....	233
7. PARA NO DEJAR DE HABLAR	241
Una historia insospechada	243
La conquista de la ironía.....	245
Historia de historias.....	250
Mezclas explosivas.....	253
En el peor momento: Valladolid hacia 1604.....	257
Volver a enredarse.....	260
Los buenos libros	266
Académicos tronados.....	268
De aquí para allá.....	271

8. LA TORMENTA MÁS SILENCIOSA.....	279
La cólera de Lope	280
Con la mano en la mejilla	283
El <i>Quijote</i> a toda brida	289
Sorpresas indeseables	298
9. DESÓRDENES DE LA FORTUNA	305
Volver a las andadas	309
Cambiar de idea	314
El desorden de la comedia	320
Otros trucos.....	324
Atreverse a más.....	326
El frenesí de Madrid hacia 1610	332
10. EL COFRE VACÍO.....	341
Buscando al conde de Lemos	342
Contra los poetas memos	348
Volver a entrar.....	351
Cosas de meollo y de sustancia	357
Mesa de trucos para once novelas	364
La pasión del teatro	377
Salir desnudo en 1613	386
11. LA ESPIRAL INTERMINABLE.....	393
Para no perder el hilo.....	395
Abrumadoras sospechas	399
Autorretrato sangrado	403
Bendito intruso	410
La novela total.....	422
La integral de un teatro invisible	428
Para perder los estribos	436
Penúltimo autorretrato	440
Se muere.....	442
SOBRE LA BIBLIOGRAFÍA	445
ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS	451

PRÓLOGO

Cuando ya nada importaba demasiado, y cuando nadie esperaba nada de él, ni siquiera él mismo, Cervantes imaginó un relato inimaginable e imposible, sobre todo en su tiempo y casi en el nuestro también. El descubrimiento de don Quijote hizo a su autor dueño de una invención que cuajó más allá de sus 50 años, porque solo con la madurez encontró en la novela el taller de la ironía y la libertad para contar la realidad. Supo entonces desatarse de los dogmas de todos, incluidos los suyos, y, sin saber bien cómo, exprimió las virtudes del soldado católico y luchador que había sido en un libro sin ley, genuinamente nuevo e inimitable (o, por lo menos, no imitado) durante ciento cincuenta años. Se adelantó a su tiempo en la invención de un artefacto que duplicaba la realidad mientras la imitaba y desmontaba cualquier coartada que redujese a razones simples o totalizadoras la complejidad de lo real. Cervantes se acababa de inventar el modo de pensar moderno a través de una novela cómica que subvertía o, como mínimo, dejaba en suspenso la convicción entonces universal de que las cosas no pueden ser dos cosas a la vez.

Si no me hubiese vuelto loco del todo con tanto Cervantes, diría que esta biografía intenta explicar las condiciones que hacen posible semejante extravagancia, a través de una vida contada sin ficción ni fantasía, pero sí con la imaginación del novelista que no soy. No sé si de veras ha salido eso, y ni siquiera estoy muy seguro de haber salido indemne de la inmersión en su mundo du-

rante los dos últimos años. Sí sé que he querido inyectar el ritmo del relato en la biografía de un iluso escarmentado por la experiencia pero libre del rencor del desengaño. Sé también que no existirían las condiciones de la plenitud de Cervantes, nacido en 1547, sin otras tantas condiciones previas, sin el soldado juvenil por vocación y convicción, sin la fe en sí mismo para fugarse cuatro veces de Argel y fracasar las cuatro, entre 1575 y 1580, sin la fatiga del recaudador para la Hacienda pública durante más de diez interminables años y, por supuesto, sin el éxito y la inmediata frustración del dramaturgo que siempre quiso ser. El Cervantes de sus mejores novelas, sin embargo, parece vivir fuera de su tiempo para saltar al centro del nuestro, allí donde la ironía es la respuesta que los ideales y el buen sentido dan a las paradojas de la experiencia, donde el humor es condición de la inteligencia y la verdad es esqui-va y es exacta al mismo tiempo: irónica y cervantina.

LA IMAGINACIÓN MORAL

Este libro cuenta la vida de Cervantes narrada a pie de calle, con el punto de vista emplazado en la cabeza del escritor, como si dispusiésemos de una cámara subjetiva que lo atrapase en sus viajes y sus revueltas, en las rectas y en las curvas. La cámara subjetiva no fantasea pero sí usa la imaginación moral, que enfoca más lejos o más cerca, se detiene aquí o allí, sospecha, explora y pregunta, pero no ficcionaliza ni fantasea. Imagina, porque sin imaginación no hay biografía, y Cervantes fue tan real y genial como normal y corriente, tan jovial y burlón como estricto y comprometido, además de pasmosamente inteligente.

Su única intimidad ha estado siempre tan a la vista de todos que hemos creído a Cervantes sin intimidad. Es en sus personajes donde hay que aprender a leerla porque está, está en las emociones y los desvaríos, en su amor por el bien y su terror a los excesos del bien, en el placer de la imaginación y la efusividad del humor. Su intimidad está a la vista y casi desnuda mientras propaga sin desmayo la emancipación de las mujeres de sus dueños (padres o esposos), mientras defiende las causas de la nobleza intemporal

PRÓLOGO

contra el interés caduco, mientras pone el humor por encima de la solemnidad o mete en el corazón de las buenas ideas la sombra del escepticismo y de la impotencia, haciéndonos más sabios sin dejar de reír, con la sospecha continua de que nada es tan grave que no merezca un par de palabras más, una última burla desdramatizadora: la conquista de la ironía.

En su obra habla poco en primera persona pero la literatura habla siempre de forma compleja e indirecta del yo del escritor. Y ese yo se viste y desnuda, se desviste y vuelve a vestirse a través de una ficción que nunca es neutra o plana o previsible sino creativa y reflexiva, original e intencionada. Si el primer *Quijote* de 1605 es una gran novela al borde de sus sesenta años, el segundo *Quijote* es, además de otra gran novela, un libro de pensamiento porque a Cervantes las ideas y la meditación misma sobre la existencia se le derraman como ficciones. En esos relatos está el Cervantes real, multiplicado y reducido, burlado y ensalzado, entusiasta y melancólico, crítico y autocrítico: escarmentado y feliz. La identificación de su vida en su obra de ficción es un procedimiento tan falso y tan infeliz que ha pasado a mejor vida hace muchos años. Pero es un disparate descartar que su obra de ficción proyecta, recrea y transmite hasta el presente su personalidad y su temperamento a través de la literatura, antes y después de la insólita libertad de procedimientos narrativos y de voces del primer *Quijote* y del segundo *Quijote*, fraguados en la misma genialidad y sin embargo diferentes: en el primero está la causa impensada del segundo, más genial que el primero.

Este tramo último de su biografía sigue siendo un misterio. En poco más de diez años, hasta su muerte en 1616, escribe de nueva planta dos obras maestras y las *Novelas ejemplares*, que es otra obra maestra, como si se instalase fuera de su tiempo y se adelantase al nuestro. El misterio aumenta cuando el lector intuye que en esos años Cervantes descubre el modo de injertar en la ficción el asalto de la realidad vivida, el acoso de una experiencia que empapa cada página sin que nada de ese asalto rompa la campana neumática de la ficción ni desde luego disuelva el mecanismo irónico fundamental del *Quijote* al imaginar a un hombre inequívocamente loco e inequívocamente cuerdo. Nada deshace el equívoco o la

ironía perpetua, ni siquiera cuando la novela aborda conflictos graves de su tiempo o sorpresas tan dolorosas como la aparición de un *Quijote* apócrifo que continúa la historia bajo el seudónimo de Avellaneda.

Desde entonces, nada en su obra puede reducirse a lecciones mecánicas o sermones de predicador. Con el secreto impulso de una libertad total con respecto a sí mismo y a los demás, nace el escritor que conquista una mirada compleja e irónica sobre el mundo a partir del hombre que aprendió escribiendo a ser él mismo, siendo varios a la vez, sin miedo a ninguno de ellos ni excesiva reverencia al más desafortunado ni al más cuerdo. Sin el Cervantes idealista, dogmático y unívoco de la juventud nunca hubiese existido el autor descreído del idealismo simplificador, irreductiblemente seguro tanto del bien como de la buena fe, irrenunciablemente fiel a la fantasía de imaginar un mundo mejor. Cervantes escribió el *Quijote* sin haber dejado de ser del todo un hombre quijotesco.

Pero lo verdaderamente sorprendente es lo que sucede a Cervantes después de publicar el *Quijote* de 1605. El éxito de ese libro ha creado una falsa imagen de sí mismo en los demás y lo ha convertido en un autor con el que Cervantes no se identifica o en el que se reconoce solo en parte. Ese libro es de humor y está lleno de bromas, no encaja con nada ni obedece a género alguno de entonces, pero ni él es don Quijote, como tantos parecen pensar, ni ha renunciado en absoluto a la literatura seria de su tiempo. Siente que hay algo íntimamente denigrante y hasta vejatorio en leer en el *Quijote* a un Cervantes disparatado y tan sin tino como el caballero y como el escudero, mientras encadenan chistes y calamidades. Pero está a tiempo de disipar ese equívoco y, mejor aún, está a tiempo de escribir el negativo o la contracara del primer *Quijote* para desplegar en el segundo, y con el mismo mecanismo turbador de fondo, con la misma libertad del primero, la experiencia y los afanes de Cervantes con una transparencia nueva y una ironía que permea de arriba abajo el libro entero.

Pero el primer asalto contra la opinión común y contra la malevolencia de demasiados, incluido Lope de Vega, Cervantes no lo da con el segundo *Quijote* de 1615 sino con un libro serio y cómico, además de enteramente original y nuevo, las *Novelas ejempla-*

PRÓLOGO

res, terminadas en 1612. Mientras tanto, escribe en clave de farsa el guiñolesco retrato de su sociedad literaria en forma de *Viaje del Parnaso* y escribe la que Cervantes siente que es su auténtica novela total, el *Persiles*, terminada a las puertas de la muerte en 1616. Es el último peldaño para culminar su obra y rectificar su empobrecida y deformada imagen de autor cómico a través de la literatura más alta de su tiempo, inyectada con las energías intelectuales que ha descubierto en el *Quijote*. El *Persiles* es su novela total, eso creyó sin duda él, como lo creyó su propio tiempo. Uno y otros se equivocaban, pero esa es parte de la historia que cuenta esta biografía.

Como este libro no es una historia de la literatura, el lector no va a hallar apartados dedicados a tratar de *La Galatea* o del teatro o del *Persiles*. Cada una de sus obras se explica vertebrada con su vida y de forma intermitente y secuencial. He querido ser fiel a los tiempos de la invención y la escritura de las obras antes que al tiempo de su publicación (y de ahí que el índice final incluya los títulos de las obras para orientar al lector sobre los lugares en que me ocupó de ellas). Para gran parte de su obra solo podemos abrir una amplia pámela de conjeturas cronológicas e intuiciones inverificables. De muy pocas novelas breves conocemos una fecha segura de redacción y con el teatro asaltan las mismas incertidumbres, incluso agravadas. Apenas de unas pocas comedias sabemos cuándo las escribe o las contrata, y solo estamos seguros del momento en que decide reunir las en un buen tomo de comedias y entremeses muy mal impreso, tan tarde como en 1615, *Ocho comedias y ocho entremeses*. Hay indicios muy seguros de una escritura acelerada a partir de determinado momento, como sucede con el segundo *Quijote*, y a veces es casi patente la ansiedad de reunir materiales dispersos, como en los últimos tramos del *Persiles*, que aparece, ya póstuma, en 1617.

Y todavía una cosa más, con algo de confidencia un punto aprensiva. A nadie puede acabar de convencer esta biografía porque nadie ha sido más convincente sobre Cervantes que Cervantes mismo; ninguno de sus lectores reales y asiduos va a renunciar a su Cervantes por el Cervantes de otro, aunque disipe equívocos o interprete mejor o peor esto o aquello. Nada podrá suplir al Cer-

vantes que cada cual ha visto en su obra, como relámpago intuitivo o como lenta decantación. Es una derrota anunciada del biógrafo, pero también es una renuncia íntimamente escogida para desactivar la ansiedad de narrar un Cervantes inobjetable y universal que no existe.

1. LOS PRIMEROS SUSTOS

En casa nadie olvidó el verano de 1552, y menos que nadie los cuatro hijos de Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas, Andrea, Luisa, Miguel y Rodrigo. Mientras Leonor espera de un momento a otro el nacimiento del quinto niño, el padre espera lo peor porque no ha sido capaz de devolver un préstamo ya vencido. El juez ha ordenado el embargo de sus bienes, o lo que quedase de sus bienes, este 4 de julio en que los alguaciles entran en casa para llevárselo todo, y todo es todo, las sábanas y las mantas, los cuatro colchones, el jubón, el sayo y las «calzas amarillas», la mesa de nogal y sus bancos, también el «banco de sentar, de pino», y otras dos «sábanas de Ruan» con otros tres «colchones buenos», la caja de cuchillos dorados y los zapatos de terciopelo, el arca con más ropa de casa, la «capa negra llana» y otro sayo de lo mismo, «aforrado de tafetán». No han dejado ni el sombrero que llaman chapeo, «de terciopelo con un cordón de seda», ni el «cofrecillo con joyas» y ni siquiera al «niño Jesús en una caja de madera».

Parecen los restos de un naufragio y algo de esto hay porque desde que pusieron los pies en Valladolid las cosas parecen ir en caída libre, como si ya no quedase ni rastro de la antigua prosperidad que habían disfrutado en Alcalá de Henares en las últimas dos décadas. Ni la fortuna ni el juez perdonan, porque decide meter en la cárcel a Rodrigo hasta que pague la deuda, y Leonor da a luz a una niña que llamarán Magdalena. Los buenos tiempos se habían acabado sin que Rodrigo hubiese encontrado la vía de

remontar una vida y a una familia. Su oficio como médico de primeros auxilios, seguramente aprendido ya de mayor, no daba para vivir, o quizá no podía competir ni con los licenciados que salían de la Universidad de Alcalá ni con la reputada familia de médicos de su mujer, los Torreblanca, poco entusiastas de la boda de Leonor con Rodrigo. Tampoco parecía haber logrado nada muy sólido ahora en Valladolid. No sabemos exactamente cuándo, pero las cosas empezaron a estropearse a medida que avanzaba la década de los cuarenta, a medida que nacían los niños, a medida también que la protección posible de su padre, Juan de Cervantes, había ido evaporándose.

Hasta entonces, sin embargo, habían disfrutado de una posición holgada que arrancaba de la mejor etapa de Juan de Cervantes como administrador de bienes oficiales de casas nobles o por cuenta del rey. Había sabido acertar con los señores y los oficios y sobre todo acertó a ingresar en el consejo privado del duque del Infantado hacia 1529. Tras múltiples complicaciones, tanto él como su hija María obtuvieron una indemnización astronómica de seiscientos mil maravedíes que permitió a la familia instalarse en Alcalá hacia 1530 y al principio de toda buena fortuna. Allí se casaron Rodrigo y Leonor en 1540, cuando amigos y vecinos recordaban a los Cervantes como «personas muy bien ataviadas y acompañadas muy honradamente de criados y vestidos, y toda su casa», con «muchas sedas y otros ricos atavíos, y con buenos caballos, pajes y mozos de espuelas, y con otros servicios y fantasías» para participar, como hace la buena sociedad, en las justas y los juegos de cañas. Juan mantuvo su itinerancia profesional que lo lleva siempre lejos de su mujer, con «oficios en ciertas ciudades y villas, por su majestad», o por particulares nobles, como el duque de Sesa, que lo designa alcalde mayor de Baena y de su condado de Cabra, e incluso ha tenido «cargos de juez de los bienes confiscados por la Santa Inquisición». Por supuesto, eso no se da a «persona que tenga raza ninguna de judíos» ni se da desde luego a quien venga de la baja extracción social que paga impuestos, los «pecheros» comunes y corrientes. Pero «nunca se cobraron ni repartieron» esos impuestos a Juan ni a Rodrigo por «ser tales hijosdalgo».

Todo apunta a que el abuelo se alejó muy pronto de la familia de Alcalá y no asiste al bautizo de ninguno de los hijos de Rodrigo y Leonor, y han sido ya unos cuantos en los últimos años. Nació primero un Juan que murió enseguida, pero sí sobrevivieron los demás. Andrea nace en 1544, Luisa en 1546, Miguel en 1547 y todavía Rodrigo en 1550, apenas unos meses antes de marchar hacia Valladolid y acabar dando el prolífico padre con sus huesos en la cárcel. Ese mismo verano de 1552, Juan de Cervantes se incorpora a un nuevo empleo como letrado en el cabildo de Córdoba y juez de bienes confiscados por la Santa Inquisición. Y mantiene sin duda una ya prolongada autonomía con respecto a su mujer porque vive con otra (y sin hijos y sin nietos). Que debió ser hombre de temperamento es completamente seguro porque al menos a sus cincuenta años tuvo que hacer frente a una denuncia por torturas y a la condena del juez a pagar a su víctima veinte ducados por haberlo atado, y «desnudo como estaba», le «apretó por su mano de la una parte muy reciamente los cordeles y de la otra estiraba», mientras el hombre pedía que no le «despedazasen y atormentasen así» porque Juan de Cervantes, como teniente de corregidor, lo hacía «más con ánimo de hacerme daño y de atormentarme mis carnes que no con celo de administrar justicia», apretándole los cordeles hasta que se le «hincaron bien por la carne», de tal manera que estuvo «muchos días malo y muy atormentado de sus miembros», incapaz de «hacer cosa ninguna ni me podía valer de dolor».

No deja de ser enternecedor el empeño de Rodrigo en este Valladolid de 1552 por hacerse valer como hidalgo «notorio de padre y abuelo de solar conocido», que no «ha ni debe estar preso por deudas» conforme a las leyes de Castilla. Debería ser la razón fundamental para sacarlo de la cárcel, pero ni accede el juez ni es fácil demostrar esa hidalguía sin ejecutoria que la pruebe, y él no la tiene. Habrá aprendido su oficio de «médico cirujano» ya sobre los 30 años, aunque apenas han sido cuatro cosas para salir del paso, corregir una luxación, limpiar una herida y suturar aquí o allá, pero no mucho más, o no mucho más que lo aprendido casi de forma autodidacta. En casa tiene, o tenía hasta hace unas horas, tres libros: uno es la *Gramática* de Nebrija, otro es «de cirugía», que equivale a algo más que primeros auxilios pero muy lejos

de nuestra cirugía, y el otro es el «libro de las cuatro enfermedades». Y se han llevado también la espada y la vihuela, porque aunque Rodrigo ha ido quedándose sordo, los amigos lo recuerdan tocándola con buena mano.

No queda más remedio que volver a Alcalá, que es donde se queda la familia en los años siguientes, mientras Rodrigo viaja a Córdoba, sospechamos que solo o sin los hijos, a buscar el auxilio del padre. Allí parece obtener algunos mínimos encargos a través de Juan o bien a través de su hermano Andrés. Desde esos años es alcalde de Cabra, sin duda por mediación de su padre Juan, que estuvo al servicio del dueño del pueblo, el duque de Sesa, además de actuar como corregidor de Osuna, que pertenece también al mismo noble. Como mínimo, se han salvado todos, pequeños y mayores, del olor a chamusquina de los 27 libros que la Inquisición quemó en ceremonia pública y ostentosa en Valladolid, por no hablar de otra chamusquina peor en uno de los autos de fe más vistosos de la época, con asistencia de Felipe II, aunque solo estaba empezando la época dorada de ese popular espectáculo, con asistencia de turistas y general expectación nerviosa, al menos de algunos de los convocados por pregón público.

En Cabra va a seguir Andrés de Cervantes hasta el fin de los tiempos, casado desde 1557, y probablemente auxilia por entonces a Rodrigo, que parece gestionar algunas casas en Sevilla por cuenta de Andrés y aparece entonces todavía como «médico cirujano». La hija mayor, Andrea, ha pasado algunas temporadas fuera de Alcalá y en compañía de la abuela Leonor, en Córdoba. Cuando muere en 1557 (un año después de morir su marido), deja como herederos a sus tres hijos, Rodrigo, Andrés y María, pero también destina una parte de la herencia expresamente a «mi nieta» Andrea, que tiene ahora 13 años. A su otra hija, Catalina, no puede dejarle pedazo alguno de la herencia porque es monja en el convento de la Concepción. Y además de encargar misas para unos y otros (solo seis para el «licenciado Juan de Cervantes»), también se acuerda previsora y providencialmente de los frailes de la «redención de cristianos cautivos en tierra de moros», y asigna cuatro maravedís a cada una de las órdenes que se encargan de ello: Nuestra Señora de la Merced, de la Cruzada y de la Trinidad.